

La tribu.

Siempre he pensado que las personas se agrupan en sociedades por necesidad, por miedo, por una base de comportamiento arcana que parte de la necesidad de defenderse de otros. Bajo estos principios es habitual que muchos procesos sociales, como por ejemplo el del final de la vida, sean deshumanizados por completo, poniéndoles máscaras a las personas para transformarlas en meros desconocidos sobre los que no tenemos ningún tipo de responsabilidad.

Sin embargo, cuando nos rodeamos y agrupamos con **personas compasivas** ya no hablamos simplemente de una sociedad, sino que estamos ante una **tribu**. Es por eso que hoy os escribo para contaros que tengo la inmensa suerte de pertenecer a la más bonita de todas las tribus, la formada por mi familia y mis amigos. Y es que los amigos forman también parte de mi familia, pues la compasión no entiende de genética sino de cariño y de amor.

En mi tribu todos aportan, pues incluso las personas que se encuentran en una situación de mayor complejidad son capaces de llenarnos mediante sus obras. El hecho de precisar compañía o cuidados para poder desempeñar las tareas más cotidianas no hace que condenemos a una persona en una cama de un hospital a sedantes y miremos al otro lado, pues en la tribu no tenemos necesidad de soldados para defendernos de nadie, sino que nos cuidamos, nos apoyamos, nos acompañamos, nos vivimos.

Dentro de nuestra tribu tenemos a una personita a la que la institución hospitalaria decidió abandonar y tachar sus problemas como psicológicos. Pensarás que voy a decir que nos volcamos con ella, que nuestra tribu no excluye a nadie, y ello es obvio. Pero lo que quiero contar de ella es que es uno de los mayores pilares de mi tribu, una auténtica líder, una persona que tira de los demás cuando los ánimos flaquean; esa persona que está al otro lado y me acompaña cuando me siento solo; es



mi voz, ese pepito grillo al que acudo cada vez que tengo un problema pues ella siempre tiene una respuesta. La sociedad se lo pierde. Esto es la maravilla de la tribu, pues la compasión es completamente bidireccional y desinteresada siempre movida por el cariño y por el bienestar de todos, incluso con los de fuera, pues siempre se trata de un movimiento incluyente. De hecho ella nos regala a todos, tribu o no, auténticas obras de arte diseñadas desde su pequeña isla que hacen las delicias de propios y extraños.

Hay otra persona en nuestro grupo que es la culpable de que yo escriba otras líneas: una chica introvertida y algo solitaria (aunque sólo en apariencia), amiga de mi pareja, que un buen día me llegó hablando de compasión. Debo reconocer que no conocía la profundidad del concepto y precisamente a eso es a lo que dedica su vida, a divulgarlo, a desarrollarlo, a implantarlo. Conforme que nuestra tribu se ha ido desarrollando, tanto ella como yo hemos ido evolucionando, mejorándonos los unos a los otros. Ella ya no es tan introvertida, y por supuesto no está nada sola siendo ella misma la encargada de echarle la gasolina a la tribu. Yo tampoco soy el mismo, y no sé qué haría sin ella.

Ahora conozco los conceptos y reconozco como de forma inconsciente que siempre los he aplicado. Soy la vista de mi padre siempre que los necesita, cuando mi abnegada madre no puede acompañarle. Mi cuadro compasivo familiar es muy importante, y eso que ellos no conocen el concepto de compasión, no son conscientes de todo lo que hacen el uno por el otro, los dos por el resto de la tribu. Ellos han formado su propia tribu en su residencia playera compuesta por personas mayores solitarias y por familias con muchos hijos. Me encanta visitarlos y ver cómo les llena acompañar a estas personas y participar de la educación de los más pequeños. Ya lo decía José Antonio Marina, “Para educar a un niño hace falta la tribu entera”.

Además, este comportamiento es instintivo. Una madre en una tribu se comporta como tal con todos sus miembros, preparando ese plato de comida “de madre” para aquellas personas que ya no tienen la suerte de disfrutar de ellos tan habitualmente.

¿Y cómo se formó mi tribu? Pues va a sonar mal, pero yo diría que en un bar. Y es que dos de nuestros miembros regentan un establecimiento muy especial, similar al “Happy Life” de Ingrid en el libro “El Despido Interior” de Lotfi El-Ghandouri (lectura obligada). Y ellos nunca han leído este libro, pero cuando se tiene como lema “La positividad moverá al mundo” no hay otro lugar mejor al que acudir cuando los problemas te agobian y necesitas desconectar. Como decía una buena amiga “me encanta este sitio porque aquí la gente es feliz”.



Pues en torno a este lugar y con estos grandísimos anfitriones es donde se forjó nuestra tribu. De hecho, se sorprendieron cuando mi pareja y yo decidimos invitarlos a nuestra boda.

Y es que quizás no todos nos conocíamos demasiado, pero ya éramos una tribu y ello había que formalizarlo. Este proceso de institucionalización se completó con nuestra quedada habitual de los jueves por la noche, donde todos olvidamos nuestras penas.

Siempre digo que ante todo soy fan de mis amigos, los admiro. Y en mi grupo es que todos son geniales. Mi compañera es una de las personas más generosas que conozco, siempre embarcándose en aventuras con tal de ayudar a los demás. Tenemos a otra chica que nos cuida a todos no sólo tanto espiritual como físicamente, desde su consulta y desde el otro lado de la mesa de nuestro “Happy Life”. Familia, amigos, tribu... nadie se escapa a su dulzura y a sus sabios consejos. A cambio, todos tratamos de ayudarla proporcionándole esas horas de tiempo nuestras que ella misma no tiene debido a toda esa dedicación. También hay entre nosotros un jefe de obras, siempre despistado, pero que tiene la virtud de llamarte cuando lo necesitas y de apuntalar los cimientos de nuestras relaciones.

Y por supuesto tenemos a nuestra pareja de guapos, con su toque desenfadado pero siempre muy serios cuando se trata de protegernos y cuidarnos. Ellos nos aportan alegría, sentido del humor y mucha vida a través de sus vástagos.

Para terminar, deciros que lo más bonito está todavía por venir... Nuestra primera amiga, a pesar del olvido de las instituciones, está consiguiendo abandonar su isla con un barco que ella se ha construido pero en el que remamos todos. Creo que nunca he vivido nada más emocionante.

Un sueño de la tribu es poder envejecer juntos, cuidándonos los unos a los otros y disfrutando de la vida. Es algo por lo que lucharemos y seguro que conseguiremos ¿Se puede pedir más a la vida?

Manuel.